

decir ni la calle para saber la casa, aun tratándose de vecinos corrientes que no dieran nombre a la en que habitaban.

Ese sesgo de las explicaciones ha llegado a la actualidad, aun tratándose de calles antiguas. Por ejemplo, se habla de la calle Tintoreros y dice uno:

—¿Dónde está esa calle?

—¡Leche!, ¿no la conoces? ¿No sabes dónde estaba el motor de Alfredo?

—¡Ah!, sí.

El arte de hablar despeja toda duda con una frase gráfica y decisiva. Por cierto que Tribaldos, que está encima, es un apellido alcazareño, como Resa, Marotos, Cardona, Uceta, Barchino y otros que irán saliendo.

Pero tiempo habrá de estos detalles tan sabrosos; ahora tratemos de limitar el caserío del lugar cotejando en lo posible, ayudados del propio recuerdo, las haciendas más próximas, que son en nuestros pueblos las eras y las huertas. Y en Alcázar también las salitrerías.

Todavía hay muchos vestigios del cambio y no pocos alcazareños que puedan dar fe del estado primitivo con su propia memoria.

Una de las cosas ostensibles es que la vía del tren se tendió dividiendo las eras de la Cruz Verde, que llegaban a la Cruz misma que estaba en medio de la calle. Más allá de la vía quedan algunas en función y más acá, eran y creo que serán todavía evidentes los restos de empiedro de era en varios puntos de la acera de la derecha hasta llegar a las barras. Y lo mismo a la izquierda. A la entrada de la calle de la Luna le decían el arrecife, término bien demostrativo de la estructura del piso, similar y anticipo del de los Pilancones. Las eras del otro lado de la bodega del Marqués están ahí todavía y los sembrados los hemos conocido desde la calle Madrid, como se han conocido, siguiendo el contorno, en la calle del Cuartel y por detrás de la calle de la Virgen hasta la Carrasola.

El camino de Herencia actuó un poco como la vía del tren, de tope para extender las construcciones que tardaron mucho en sobrepasarlo. Bien es verdad que en este caso influía también la insalubridad del terreno y la presencia de las salitrerías que llegaban hasta la plaza misma, abrazado el pueblo por el arroyo a manera de cinturón, pues del Arco no salía más construcción que la carnicería pública o matadero inmundo, donde ahora está Correos.

Las salitrerías llegaban hasta la calle Toledo, cubriendo todo el declive húmedo del terreno que con las Abuzaeras inicia el alto del Santo, poblado también de eras de emparvar o de pan trillar, hasta la misma ermita. En este grupo de eras estaba la de la Niña, donde su marido, el memorable don Enrique Bosch, puso en funciones la primera trilladora mecánica con un estrépito que no habrá olvidado nadie de los que la vieron.

Pero tratemos de puntualizar más estos extremos, dejando noticia de lo que había en los contornos.

De los tres factores que por su proximidad a la Villa pueden servir para trazar los límites aproximados del caserío, regadíos, eras y salitrerías, el más importante es el de las eras por haberlas en todo el contorno. Las salitrerías estaban sólo en los Sitios y los regadíos eran